

## «Ve y Lávate» . . .

El mendigo había estado ciego desde que nació. Nunca había visto el amanecer o se había maravillado en el atardecer. Su mundo era uno de oscuridad perpetua y dependencia.

Toda su vida había sido un estorbo para su familia – sin poder cuidar de los corderos o hacer algún trabajo. Al ir haciéndose hombre presintió el velo delgado de resentimiento de su familia hacia él. Sollozos de angustia lo llenaban al darse cuenta que el había sido una maldición para ellos. Cuando ya tenía edad suficiente y el valor suficiente se fue de su casa.

El llegó a la ciudad y ahora se valía por si mismo. El convertirse en un mendigo le había dado su primer paso a su independencia. Sonaba las monedas en su mana y llamaba para atraer la atención del grupo de voces que se acercaban. El oído agudo del mendigo alcanzó escuchar a uno de los hombres que decía: «Rabí, ¿era el pecado de él o de sus padres que causó que naciera ciego?»

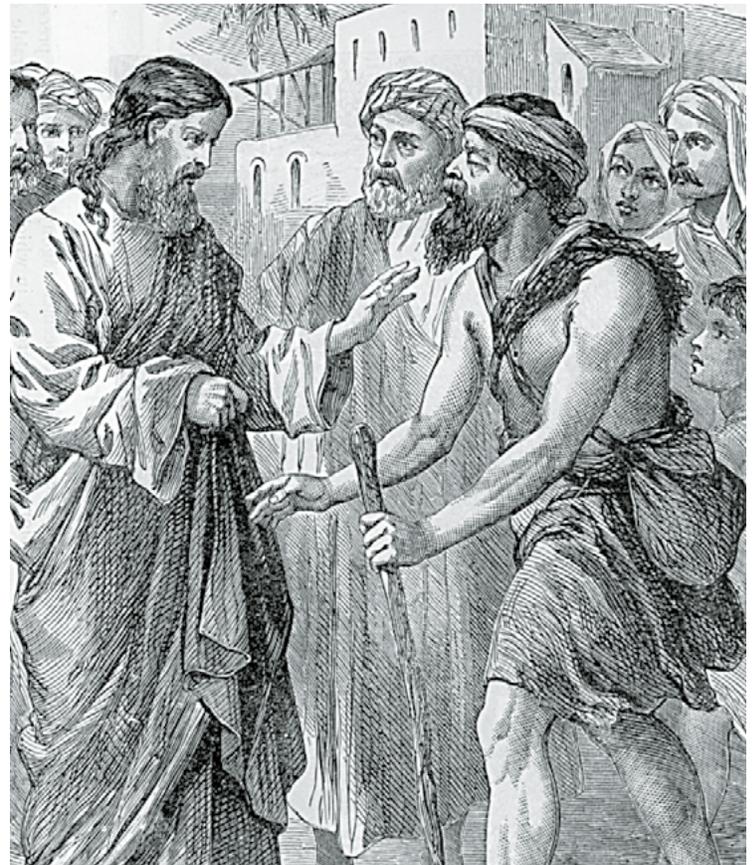
Los hombres ahora estaban parados directamente enfrente de él y el mendigo se echó las pocas monedas en sus dos manos y las juntó, alzándolas en suplica. «¿Una caridad?» suplicó, usando su tono de voz más esperanzado. Jesús miró hacia los ojos sin vista del mendigo y sintió todo su dolor.

«Ese hombre nació ciego para dejar que la obra de Dios se manifiestará en el,» dijo Jesús, tocando su rostro. Los discípulos miraron en silencio mientras que Jesús se arrodillaba al lado del mendigo. Cogió tierra y la escupió para hacer lodo. Con sus dedos Jesús cuidadosamente embarró en lodo en los párpados del hombre. El mendigo presintió que algo maravilloso estaba pasando y empezó a temblar, su respiración era una respiración convulsiva.

Jesús se retiró de él y le ordenó «Ve y lávate en la piscina del que se ha enviado.»

El mendigo abrió sus manos vacías y cuidadosamente se tentó sus párpados. Sintió el lodo.

La muchedumbre que se había reunido acompañe al hombre ciego a la piscina y lo miró arrodillarse a la orilla. Metiendo sus manos al agua fría el hombre ciego se agachó hacia adelante para lavarse. Lo fresco siempre era refrescante y dejo que su rostro flotaré como un bote en el agua oscura.



De repente una luz verde brillante explotó en su cabeza. El choque lo hizo salirse del agua para protegerse. La luz verde le giraba como un arco iris y luego cayó como lluvia de cristales de color. Respirando convulsivamente y chisporroteando levantó su rostro lleno de alegría del agua y agarrándose de la túnica del hombre a su lado, el mendigo abrió sus ojos al rostro sonriendo de Jesús.



Jesús Cristo, Dios en la tierra, encuentra un mendigo ciego y lo cambia al instante. Jesús lleva al hombre de la desesperación a una alegría exquisita. El le da al hombre el regalo de la vista, el regalo de la luz. El hombre ciego deja que las obras de Dios se manifiestaran por medio de el. El nos enseña que Jesús nos trae el regalo de la luz también. Es la luz del entendimiento; que Jesús es la luz del mundo. Muchos están ciegos a la verdad. Para poder ver verdaderamente esto debemos recibir su unción y lavar el lodo del pecado de nuestros ojos. Al hacer esto, podemos abrir nuestros nuevos ojos del entendimiento y mirar el rostro sonriente de Jesús.